

DEL MAR DEL SUR AL MAR PACÍFICO

Juan Francisco Bedregal Villanueva

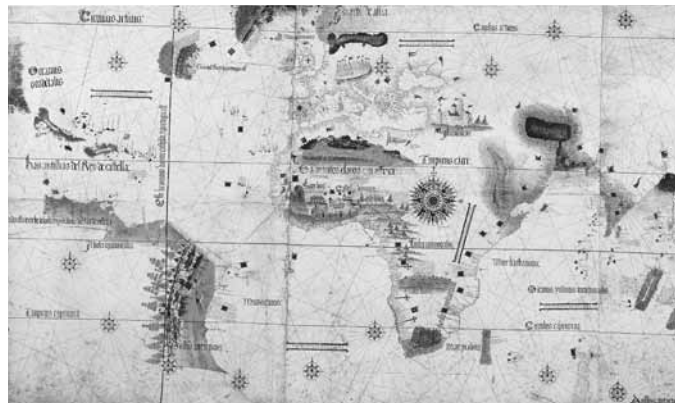
Entre 1513 y 1522 la humanidad alcanzaría las evidencias, ya no teóricas sino empíricas, de que éstas, “las Indias Occidentales”, no eran ciertamente Las Indias, sino un continente del que no se había tenido noticia alguna en Occidente, ni en la revelación cuneiforme de las pirámides egipcias, ni en el arameo de los viejos pergaminos bíblicos, ni en el griego de los sabios pitagóricos y filósofos presocráticos. Antes del verbo y el *apeirón* estaba América, más nadie lo dijo, nadie lo supo, por ello la trascendencia del asunto tiene una dimensión ontológica. América, como vino a denominarse este Nuevo Continente,¹ no había dado noticias en Europa de su existencia hasta fines del siglo XV,² cuando el Almirante Cristóbal Colón, fiel al pensamiento ptolemaico y en contra de los axiomas de la fe, afirmaba la esfericidad del planeta, intentando tomar el cielo por asalto, acortar la ruta que penosamente venían abriendo y revelando los Juanes, reyes navegantes de un pequeño pero poderoso reino católico: Portugal, que siguiendo las costas australes de África sobre el océano Atlántico buscaban una vía hacia el Oriente, cabotaje que se realizaba para alcanzar el extremo sur del continente negro, porque el Mediterráneo no era más el *mare nostrum* sino monopolio del Islam. Cuatro años antes de la odisea de Colón, en 1488, Bartolomé Díaz descubre el cabo de Buena Esperanza, con lo que se abre una ruta antes desconocida para llegar al Oriente. En el año de 1497, Juan Caboto, desde Inglaterra, llegaría a las costas de Norte América, península del Labrador.

El mundo de Colón

La noticia de que Cristóbal Colón, desprendiéndose del cordón umbilical de la fe y de la tierra firme, se adentró en la mar sin más instrumento que las agujas de marear, colgando su certeza y sus naves en la permanencia incommovible de las estrellas, llegando a las Indias en una navegación directa hacia el Oeste de Europa, fue tomada con asombro y alborozo, pero también con mucho

¹ Ese nombre se le dio en honor a Amerigo Vespucci, quien luego de las mediciones astronómicas que había realizado en el Cabo de la Vela en su viaje de 1499, escribe en 1503 una carta intitulada *Mundus Novus*, en la que dice: “... aquellos nuevos países... los cuales Nuevo Mundo es lícito llamar”. La traducción al latín de este documento fue incluida en *Cosmographiae Introductio*, libro del cosmógrafo alemán Waldseemüller publicado en 1507 junto con un gran mapamundi y un pequeño globo terráqueo que daban el nombre de América al recién descubierto continente.

² En realidad, los chinos estuvieron en América en 1421, 71 años antes que Colón, y en los mapas medievales aparecía el nuevo continente como la cuarta península de Asia. Cf. Gavin Menzies, *1421. El año en que China descubrió el Nuevo Mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2003. También: Enrique Dussel, *China (1421-1800): Razones para cuestionar el Eurocentrismo*; y Gustavo Vargas Salguero, *1421. El año en que los chinos descubrieron América*, en *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, número 44, abril-junio 2004.



escepticismo y con gran rencor por parte de los lusitanos, particularmente de Juan II, quien tuvo la primicia de la noticia porque los mares lo llevaron ante él —entonces amo de la navegación—.

El plan original, que había expuesto el navegante a sus altezas reyes Católicos de España en las capitulaciones de Santa Fe del 13 de abril de 1592, se había cumplido con precisión matemática, aunque los hechos eran muy diferentes, la realidad físico-geográfica no coincidía con su particular óptica que luego devino en obsesión. “El planeta no es tan grande como se ha sostenido desde la antigüedad...”, sostenía Colón en una carta a los reyes; él había fabricado en su mente un planeta muy diferente, cada uno de los 360 grados en que había dividido la esfera el sabio griego Ptolomeo tenía sólo 56, 2/3 millas marinas, aunque ya era una axioma que estos deberían medir al menos 70; por otro lado, el continente de Eurasia y África, tierra heredada para cumplir el medieval designio divino del hombre sobre la tierra, era según esta visión más grande, para hacer coincidir con las escrituras bíblicas de que un quinto de la tierra era agua y cuatro tierra, ocupando en teoría una superficie mucho mayor.

La paradoja es que en el mundo imaginario de Colón no había espacio ni tiempo para dos fenómenos hasta entonces desconocidos: el continente Americano y el mar más grande de los mares, el Mar del Sur, más tarde bautizado como Pacífico por Fernando de Magallanes. Ambos fenómenos eran complementarios, sólo se podía tratar de un continente diferente, si entre éste y la costa occidental del Asia existía una distancia. Por cierto, la tesis de Colón de haber llegado a las Indias debía ser comprobada, llegando efectivamente a las tierras anheladas del Cipango, Ofir y Catay. Colón logró —inconvenientes por medio— otros tres viajes para atinar con el camino que le permitiría

comprobar su teoría o para rectificarla, ambas posibilidades luchaban en su mente aunque América, con la sinceridad geográfica que le es propia a la realidad, siempre le negó la razón. El Almirante moriría en 1506 afirmando que había llegado a las Indias, es decir, a Asia. Todo este largo trámite que don Edmundo O’Gorman denominó *La invención de América*.

La búsqueda del paso geográfico y la exploración de la costa oriental

Entre 1492 y 1513, España procuraba comprobar esa teoría y también su opuesta, la de que éste no era el destino perseguido, logrando un contacto real con esos reinos e imperios legendarios y las islas Molucas, de donde ya fluía abundante especiería por la ruta portuguesa, un monopolio confirmado por el tratado de Tordesillas por el papa Alejandro VI, luego de 1492 (en 1493, para ser más precisos). España promovió numerosas empresas, todas señaladas con el fin de encontrar la ruta: tres viajes de Colón, dos viajes de Vesputio, dos de Juan Díaz de Solís y de Vicente Yáñez Pinzón, dos viajes de Alonso de Ojeda, viajes de Andrés Morales y Juan de la Cosa, Alonso Pérez de Mendoza, Juan Ponce de León y Juan Esquivel, desde la Española; Sebastián Ocampo, desde Jamaica por orden de Diego de Colón; Sebastián Caboto... sólo por nombrar los más notables.

Desde el norte hasta el sur se buscó la conexión, viajes que permitieron el conocimiento casi exacto de la costa occidental de América, la península del Labrador, Florida, el Caribe, el golfo de México, el Darién, Centro América, Venezuela, el río Marañón o Amazonas, Brasil, y el río de la Plata, desarrollando una técnica cartográfica muy importante, revolucionando las prácticas y técnicas de la geodesia marítima y también las de la navegación, dejando las técnicas portulana y mallorquina en el archivo histórico, técnica que se controlaba a través de un Padrón Real, un mapa que se dibujaba, corregía y ampliaba una y otra vez con las noticias de los pilotos, regida por el Piloto Mayor, desde la Casa de Contratación y el Consejo de Indias, en Sevilla. La costa oriental del continente americano fue explorada y la ruta deseada siempre escondida.

El descubrimiento del Mar del Sur y el descubrimiento de América

El 25 de septiembre de 1513 —hace exactamente 500 años—, Vasco Núñez de Balboa, adelantado de la Corona española, recorriendo el istmo de Panamá, sometiendo y realizando alianzas con los naturales del lugar, escuchó de uno de ellos, el cacique Careta, de la existencia de un mar tan grande como el que había traído a estos barbudos extraños en también extrañas naves. Tomó en serio la noticia, pues ésta coincidía con la preocupación general de

la Corona. Con un contingente de casi 200 hombres y bajo la guía de los propios naturales y no sin contratiempos por parte de otros grupos que les hicieron resistencia, cruzó el istmo, llegando a ver desde una cordillera el azul de las aguas del Pacífico. Por primera vez en la historia un occidental observaba este fenómeno y tomaba posesión de sus playas en nombre de España. Un mar hasta entonces desconocido y que daba cuenta del territorio que ya habitaban desde 1492. Realmente las “Indias occidentales” no eran las Indias, sino un continente desconocido que se extendía de norte a sur sin dar tregua a las pretensiones ibéricas de hacer de éste una pascana para seguir al Oriente europeo, ofreciéndose como el fin no deseado ni imaginado, pero real y casi tan grande como el Viejo Mundo, concretándose el descubrimiento que iniciara Colón veinte años atrás. Esa es la trascendencia de Vasco Núñez de Balboa. Al igual que Colón y Magallanes este descubridor moriría en el olvido, decapitado por su suegro Pedrerías en 1519, año del inicio de otra hazaña, la de Magallanes.

Fernando de Magallanes vs. el Imperio Portugués

La conquista y travesía del mundo y consecuentemente la primera circunnavegación, no sería obra de español alguno, pero sí de España. Aún habría de pasar casi una década para que Fernando de Magallanes al mando de una armada española realizara la hazaña que Colón se había planteado: la tierra es una esfera y por tanto es posible llegar al Oriente por Occidente. A diferencia de Colón, Magallanes no venía a tientas, había servido a su patria Portugal en la conquista de la India y había llegado cerca de las Islas Molucas; cosmógrafo y navegante, entendió que Portugal con las manos libres ya se extendía sobre Asia, territorio oriental más allá del acuerdo de Tordesillas, que era jurisdicción española. Como nadie, fue capaz de unir en un solo mapa los que se venían configurando al Oriente (Portugal) y al Occidente (España), plano de Pedro Reynel y de Rui Falero —1519 -1522— que a diferencia de los que venía realizando la cartografía alemana era un mapa de marear, uniéndolos en un meridiano, convirtiendo al plano planeta en una esfera para afirmar la aventura del Quijote Colón. Para ello era necesario que existiera el anhelado paso entre los dos océanos, que España buscó infructuosamente durante 30 años (1492-1522); sólo así era posible, en esas circunstancias, cerrar la gran incógnita que tenía en vilo a la Corona española, a los sabios de Occidente —Pedro Mártir de Anglería y otros— y en crisis existencial al papado. Para suerte del género humano, el meridiano en que se encontraban los dos reinos era el antimeridiano de Tordesillas, que coincidía con las islas Molucas que al parecer estaban en el hemisferio español. Aunque Portugal explotaba comercialmente su riqueza, no había llegado aún a las Molucas.


El proyecto que presentó Magallanes a Carlos V coincidía con la preocupación y necesidad de España, y fue aceptado en todos sus términos, excepto que tuvo que inventar un paso del que en realidad no se tenía noticia alguna y había sido imposible para todos los capitanes españoles, desde Colón hasta Díaz de Solís, incluyendo a Vesputio y a Pinzón, encontrar; su existencia era de la misma materia espiritual y predestinación que tuvo Colón, los mismos vientos de la tierra que se abre en el extremo austral del continente americano. Cuando partió, la diplomacia portuguesa había recurrido a todo para impedir que zarpe de San Juan de Barrameda; el rey Juan III de Portugal mandó una flota para abatirlo en el mar. A Magallanes no le preocupaban los cañones portugueses, sabía la dimensión de sus rivales, debía luchar contra dos océanos, un continente arisco que no daba brazo a torcer y escondía el único paso natural al extremo casi inhabitable de tierra de fuego; lo que no sabía era que además de todo debía vencer al invierno inclemente del sur, ahora argentino, y luchar con una tripulación española que, celosa de su nacionalidad y de su bandera, habría de rebelarse permanentemente. Sin embargo, no pudieron con él, los arrastró a la gloria en contra de sus endebles voluntades a fuerza de las capitulaciones que le había concedido Carlos V, que supo blandir como ley suprema, como ningún español lo hizo; y aún así, una de las naves, la San Antonio, habiendo llegado ya y estando a punto de entrar en el estrecho, se negó a la gloria y retornó a España sin cumplir su cometido, restando a la empresa uno de sus principales recursos y poniendo en peligro el proyecto; tal vez Magallanes no habría muerto de haber contado con ella.

Elegido por Poseidón y secundado por Hermes, Magallanes cruzaría por vez primera el océano Pacífico, al que así nominó, que resultó más grande de cualquier previsión, comiendo ratas y bebiendo agua podrida en largos tres meses. Sólo Tánatos, diosa de la muerte, se interpuso en su marcha, más no en su empeño ni en su hazaña; en año y medio de navegación había llegado ya a las proximidades de las Molucas, había recorrido el 75 % de la empresa. Magallanes muere en una batalla con una tribu cebuana en la isla de Mactán, Filipinas, en 1521. Fue elegido entonces jefe de la expedición Gonzalo Gómez de Espinosa y al frente de la nave *Victoria* se puso de capitán a Juan Sebastián Elcano. Tras arribar a las Molucas, objeto del viaje, se emprendió el regreso a España, pero la impericia de los navegantes españoles fue tal que para completar la circunnavegación tardaron otro año y medio, lográndolo Elcano, quien arribó al puerto de partida, Sanlúcar de Barrameda, el 6 de septiembre de 1522, junto con 17 marinos supervivientes. Cruzando por territorios portugueses entre la India y África, la nave cargada de especias no pudo ser advertida ni cañoneada como había ordenado el rey de Portugal, sus utilidades justificaban con creces la inversión del reino de España, cumpliendo en los



hechos el periplo que Colón había señalado. Entre las cosas que llevaban tenían un tesoro jamás visto ni imaginado antes: era un día de anticipo, ellos creían que era jueves y en España aún era miércoles.

350 mil ducados, el precio de la hazaña y la Nao de China

La ruta abierta por Magallanes no pudo ser explotada con fines comerciales por España, que para llegar al extremo de sus jurisdicciones —las más ricas islas de la especiería— debía cruzar los dos océanos del planeta, el Atlántico y el Pacífico, y los marinos españoles demostraron ser poco solventes en empresas extremas. El siguiente intento dejó en el camino a sus tres capitanes, entre ellos a Sebastián Elcano, quien llegó a las Molucas y las ocupó militarmente; Esteban Gómez y Loayza en 1523 y 1525, siguiendo las órdenes de Hernán Cortés, siguió la derrota desde el puerto de Acapulco hasta las Molucas, ambas empresas hazañas del valor humano. La gloria de Magallanes fue negociada por Carlos V con Portugal por la suma de 350 mil ducados, la línea marcada por el representante de Dios sobre la tierra Alejandro VI se recorrió en lo que se denominó el meridiano ficticio, ubicado a los 17 grados equinocciales al este de las Molucas, demostrando que la política era ya más determinante que la religión. Años después, gracias a los viajes hechos desde la Nueva España y a las derrotas marítimas del padre agustino Urdaneta, se descubrirían las islas Filipinas, lo que hizo que la metrópoli española tuviera que seguir atendiendo las provincias que le permitían que el sol no se ocultara sobre sus jurisdicciones. Para ello la Nueva España fue clave, los puertos de Veracruz y Acapulco hicieron de ésta una especie de epicentro geográfico para España, con la Nao de China o el Galeón de Manila. 

Juan Francisco Bedregal Villanueva. Intelectual boliviano, radicado en México desde 2009. Arquitecto e investigador prolífico, editó dos libros sobre la obra monumental del arquitecto boliviano Emilio Villanueva en la ciudad de La Paz: “El Taypi”, monografía del Monoblock de la U.M.S.A. (1998) y “Motivos coloniales”(2006). Crítico del urbanismo oficial de su ciudad ha publicado “El espacio abigarrado de la ciudad de La Paz” (2002) y desde México hizo “Arqueología de los imaginarios urbanos de la modernidad en la ciudad de La Paz” (2009). Es doctor en Urbanismo por la UNAM, graduado con el tema de “Las constelaciones urbanas y arquitectónicas en la ciudad de La Paz”(2013). Profesor y publicista de la Universidad Mayor de San Andrés y de la UAM Azcapotzalco. <http://constelaciones-urbanas.elandino.net/>